

EDICION CLUB DE AUTORES

Las aventuras de Alicia en el País de las Maravillas



por **Lewis Carroll**

ILUSTRACIONES

MICHAEL SPEHNER ORTIZ



THE MIKA KING

“Deluxe Edition”

THEMIKAKINGXX@GMAIL.COMGMAIL

THEMIKAKINGXX@GMAIL.COM

INSTAGRAM.-@THEMIKAKINGXX@GMAIL.COM

TIK TOK-@THEMIKAKINGART

YOUTUBE - THE MIKA KING OFICIAL RAP

YOUTUBE- THE MIKA KING GRAFFITI URBAN

ART

AMAZON LIBROS - THE MIKA KING

WEAR GOOGLE THE MIKA KING WEAR

SPOTIFY-THE MIKA KING

© 2026, *The Mika King*



"Alicia en el País de las Maravillas" fue publicado por primera vez en 1865. El autor de esta obra maestra es Charles Lutwidge Dodgson, más conocido por su seudónimo Lewis Carroll. Carroll nació el 27 de enero de 1832 y falleció el 14 de enero de 1898, Reino Unido.

© 2026, *The Mika King*

Versión adaptada, ilustrada y redactada por: *The Mika King Spain*,
2026

Maquetación y Diseño Editorial: *The Mika King*

Por la madriguera del conejo

Alice estaba empezando a cansarse mucho de estar sentada junto a su hermana en el banco y de no tener nada que hacer: una o dos veces había echado un vistazo al libro que su hermana estaba leyendo, pero no tenía dibujos ni conversaciones, “¿y qué?” ¿Qué es el uso de un libro”, pensó Alicia, “sin imágenes ni conversaciones?”

Así que estaba pensando en su propia mente (lo mejor que podía, porque el día caluroso la hacía sentir muy somnolienta y estúpida) si el placer de hacer una cadena de margaritas valdría la pena levantarse y recoger las margaritas. cuando de repente un Conejo Blanco de ojos rosados corrió cerca de ella.

No había nada extraordinario en eso; A Alicia tampoco le pareció tan fuera de lugar escuchar al Conejo decirse a sí mismo: “¡Dios mío! ¡Oh querido! ¡Llegaré tarde!” (cuando lo pensó después, se le ocurrió que debería haberse sorprendido por esto, pero en ese momento todo le pareció bastante natural); pero cuando el Conejo sacó un reloj del bolsillo del chaleco, lo miró y se apresuró a seguir adelante, Alicia se puso de pie, pues se le ocurrió que nunca antes había visto un conejo con chaleco, bolsillo, o un reloj para sacarlo, y ardiendo de curiosidad, corrió a través del campo tras él, y afortunadamente llegó justo a tiempo de verlo caer por una gran madriguera de conejo debajo del seto.

En otro momento, Alice cayó tras él, sin considerar ni una sola vez cómo diablos iba a salir de nuevo.

La madriguera del conejo siguió recto como un túnel durante algún tiempo, y luego se hundió repentinamente, tan repentinamente que Alice no tuvo un momento para pensar en detenerse antes de encontrarse cayendo en un pozo muy profundo.

O el pozo era muy profundo, o ella cayó muy lentamente, porque al bajar tuvo mucho tiempo para mirar a su alrededor y preguntarse qué sucedería después. Primero, trató de mirar hacia abajo y distinguir hacia dónde se dirigía, pero estaba demasiado oscuro para ver algo; luego miró a los lados del pozo y notó que estaban llenos de armarios y estanterías; Aquí y allá vio mapas y cuadros colgados de ganchos. Al pasar, sacó un frasco de uno de los estantes; Tenía la etiqueta "MERMELADA DE NARANJA", pero para su gran decepción estaba vacía: no quería dejar caer el frasco por miedo a matar a alguien debajo, así que logró ponerlo en uno de los armarios mientras pasaba junto a él.

"¡Bien!" pensó Alicia para sí misma, “después de una caída como ésta, ¡no me importará caerme por las escaleras! ¡Qué valiente me creerán todos en casa! ¡No diría nada al respecto, incluso si me cayera desde lo alto de la casa! (Lo cual muy probablemente era cierto).

Abajo abajo abajo. ¿La caída nunca llegaría a su fin? "Me pregunto cuántas millas he caído hasta ahora". dijo en voz alta. "Debo estar llegando a algún lugar cerca del centro de la tierra. Déjame ver: creo que eso estaría a cuatro mil millas de profundidad... (porque, verás, Alice había aprendido varias cosas de este tipo en sus lecciones en el aula, y aunque ésta no era una muy buena oportunidad para mostrar su conocimiento, como no había nadie que la escuchara, aun así era una buena práctica decirlo otra vez) “—sí, esa es aproximadamente la distancia correcta—pero luego me pregunto a qué latitud o longitud debo llegar”. (Alice no tenía idea de qué era Latitud, ni tampoco Longitud, pero pensó que eran lindas y grandiosas palabras para decir).

Luego empezó de nuevo. “¡Me pregunto si caeré a través de la tierra! ¡Qué gracioso les parecerá salir entre la gente que camina con la cabeza gacha! Las Antipátas, creo... (se alegró bastante de que esta vez no hubiera nadie escuchando, ya que no sonaba en absoluto la palabra correcta) "... pero tendré que preguntarles cómo se llama el país, sabes. Por favor, señora, ¿es esto Nueva Zelanda o Australia? (y trató de hacer una reverencia mientras hablaba, ¡qué elegante hacer una reverencia mientras caes por el aire! ¿Crees que podrías lograrlo?) “¡Y qué niña tan ignorante me considerará por preguntar! No, nunca servirá preguntar: tal vez lo vea escrito en alguna parte.

Abajo abajo abajo. No había nada más que hacer, así que Alice pronto empezó a hablar de nuevo. ¡Creo que Dinah me extrañará mucho esta noche! (Dinah era el gato.) "Espero que recuerden su platillo de leche a la hora del té. ¡Dina querida! ¡Ojalá estuvieras aquí abajo conmigo! Me temo que no hay ratones en el aire, pero puedes atrapar un murciélago, y eso es muy parecido a un ratón, ¿sabes? ¿Pero me pregunto si los gatos comen murciélagos? Y aquí Alicia empezó a tener bastante sueño y continuó diciéndose, como en un sueño: "¿Los gatos comen murciélagos? ¿Los gatos comen murciélagos? y, a veces, "¿Los murciélagos comen gatos?" porque, verá, como ella no podía responder a ninguna de las preguntas, no importaba mucho cómo lo expresara. Sentía que se estaba quedando dormida y empezaba a soñar que caminaba de la mano de Dinah y le decía muy seriamente: "Ahora, Dinah, dime la verdad: ¿alguna vez comiste un murciélago?" cuando de repente, ¡golpe! ¡golpear! Al bajar se encontró con un montón de palos y hojas secas, y la caída terminó.

Alice no resultó herida en lo más mínimo y se puso de pie de un salto en un momento: miró hacia arriba, pero todo estaba oscuro en lo alto; ante ella había otro largo pasillo, y el Conejo Blanco todavía estaba a la vista, corriendo por él. No había un momento que perder: Alicia se fue como el viento, y llegó justo a tiempo para oírle decir, al doblar una esquina: "¡Oh, mis orejas y mis bigotes, qué tarde se hace!". Estaba muy cerca de él cuando dobló la esquina, pero ya no se veía al Conejo: se encontró en un pasillo largo y bajo, iluminado por una hilera de lámparas que colgaban del techo.

Había puertas por todo el vestíbulo, pero todas estaban cerradas; y cuando Alice hubo recorrido todo el camino por un lado y por el otro, probando todas las puertas, caminó tristemente por el centro, preguntándose cómo iba a salir de nuevo.

De repente se topó con una mesita de tres patas, toda de cristal macizo; no había nada en él excepto una pequeña llave dorada, y el primer pensamiento de Alice fue que podría pertenecer a una de las puertas del salón; ¡pero Ay! O las cerraduras eran demasiado grandes o la llave demasiado pequeña, pero en cualquier caso no abría ninguna. Sin embargo, en la segunda vuelta, se encontró con una cortina baja que no había notado antes, y detrás de ella había una puertecita de unos quince centímetros de alto: probó la pequeña llave dorada en la cerradura y, para su gran deleite, ¡encajó!

Alice abrió la puerta y descubrió que conducía a un pequeño pasillo, no mucho más grande que una madriguera de ratas: se arrodilló y miró a lo largo del pasillo hacia el jardín más hermoso que jamás haya visto. Cuánto deseaba salir de aquel oscuro vestíbulo y vagar entre aquellos parterres de flores brillantes y aquellas frescas fuentes, pero ni siquiera podía asomar la cabeza por la puerta: "Y aunque mi cabeza atravesara", pensó la pobre Alicia, "sería de muy poca utilidad sin mis hombros. ¡Oh, cómo me gustaría poder callarme como un telescopio! Creo que podría, si supiera por dónde empezar. Porque, veréis, últimamente habían ocurrido tantas cosas raras que Alice había empezado a pensar que muy pocas cosas eran realmente imposibles.

Parecía inútil esperar junto a la puertecita, así que volvió a la mesa, medio esperando encontrar otra llave encima, o al menos un libro de reglas para encerrar a la gente como si fueran telescopios: esta vez encontró una pequeña botella encima ("que ciertamente no estaba aquí antes", dijo Alice), y alrededor del cuello de la botella había una etiqueta de papel con las palabras "BÉBEME", bellamente impresas en letras grandes.

Estaba muy bien decir "Bébeme", pero la pequeña y sabia Alice no iba a hacerlo con prisa. "No, miraré primero", dijo, "y veré si está marcado como 'veneno' o no"; porque había leído varias historias bonitas sobre niños que habían sido quemados y devorados por fieras salvajes y otras cosas desagradables, todo porque no recordaban las reglas simples que sus amigos les habían enseñado: tales como que un atizador al rojo vivo te quemará si lo sostienes demasiado tiempo; y que si te cortas el dedo muy profundamente con un cuchillo, suele sangrar; y nunca había olvidado que, si bebes mucho de una botella marcada con la palabra "veneno", es casi seguro que tarde o temprano te sentará mal.

Sin embargo, esta botella no estaba marcada como "veneno", por lo que Alice se aventuró a probarla y la encontró muy agradable (tenía, de hecho, una especie de mezcla de sabores de tarta de cerezas, natillas, piña, pavo asado, caramelo y tostadas calientes con mantequilla), muy pronto lo terminó.



"¡Qué sensación más curiosa!" dijo Alicia; "Debo estar callándome como un telescopio".

Y así fue: ahora sólo medía veinticinco centímetros de altura y su rostro se iluminó al pensar que ya tenía el tamaño adecuado para atravesar la puertecita que daba a ese hermoso jardín. Primero, sin embargo, esperó unos minutos para ver si iba a encogerse más: se sentía un poco nerviosa por esto; "Porque podría terminar, ya sabes", se dijo Alicia, "en que yo me apague por completo, como una vela. ¿Me pregunto cómo debería ser entonces? Y trató de imaginar cómo es la llama de una vela después de apagarla, porque no recordaba haber visto nunca algo así.

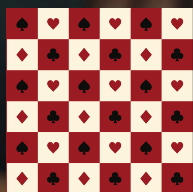
Después de un rato, al ver que nada más sucedía, decidió salir de inmediato al jardín; pero ¡ay de la pobre Alicia! cuando llegó a la puerta, descubrió que había olvidado la pequeña llave dorada, y cuando volvió a la mesa a buscarla, descubrió que no podía alcanzarla: podía verla claramente a través del cristal, y lo intentó. lo mejor que pudo fue trepar por una de las patas de la mesa, pero estaba demasiado resbaladiza; y cuando se cansó de intentarlo, la pobrecita se sentó y lloró.

"¡Ven, no sirve de nada llorar así!" se dijo Alice para sí misma, bastante bruscamente; "¡Te aconsejo que lo dejes en este momento!" Generalmente se daba muy buenos consejos (aunque rara vez los seguía) y a veces se reprendía tan severamente que se le llenaban los ojos de lágrimas; y una vez recordó haber intentado darse un puñetazo en las orejas por haberse hecho trampa en un juego de croquet que estaba jugando contra ella misma, pues a esta niña curiosa le gustaba mucho fingir ser dos personas. "Pero ahora es inútil", pensó la pobre Alicia, "¡pretender ser dos personas! ¡Si apenas me queda lo suficiente para ser una persona respetable!

Pronto su mirada se posó en una cajita de cristal que había debajo de la mesa: la abrió y encontró en ella un pastelito muy pequeño, en el que estaban bellamente escritas con grosellas las palabras "CÓMEME". "Bueno, me lo comeré", dijo Alicia, "y si me hace crecer, puedo alcanzar la llave; y si me hace más pequeño, puedo arrastrarme por debajo de la puerta; Así que de cualquier manera entraré al jardín y ¡no me importa lo que pase!

Comió un poco y se dijo ansiosamente: "¿Hacia dónde? ¿Hacia dónde?", se llevó la mano a la coronilla para sentir en qué dirección crecía, y se sorprendió bastante al comprobar que seguía teniendo el mismo tamaño: claro, esto suele pasar cuando uno come pastel, pero Alice Se había acostumbrado tanto a no esperar que sucedieran más que cosas fuera de lo común, que le parecía bastante aburrido y estúpido que la vida transcurriera del modo habitual.

Entonces se puso a trabajar y muy pronto terminó el pastel.





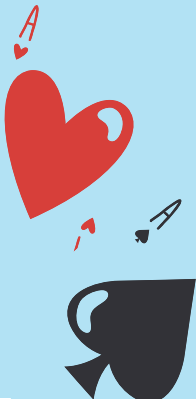
CAPITULO DOS.

El charco de lágrimas

“¡Cada vez más curioso!” -exclamó Alicia (estaba tan sorprendida que por el momento olvidó por completo cómo hablar bien inglés); “¡Ahora me estoy abriendo como el telescopio más grande que jamás haya existido! ¡Adiós pies! (pues cuando miró sus pies, parecía que casi se habían perdido de vista, se estaban alejando mucho). “Oh, mis pobres piecitos, me pregunto quién os pondrá ahora los zapatos y las medias, queridos. ¡Estoy seguro de que no podré! Estaré demasiado lejos para preocuparme por ti: debes arreglártelas lo mejor que puedas; pero debo ser amable con ellos -pensó Alicia-, o tal vez no caminarán como yo quiero. ¡ir! Déjame ver: les regalaré un par de botas nuevas cada Navidad”.

Y siguió planeando para sí misma cómo lo lograría. “Deben ir en el carguero”, pensó; ¡Y qué divertido será enviarse regalos a los propios pies! ¡Y qué extrañas se verán las direcciones!

El pie derecho de Alice, Esq.,
alfombra de hogar,
cerca del Fender,
(con el amor de Alice).



¡Dios mío, qué tonterías estoy diciendo!

En ese momento su cabeza chocó contra el techo de la sala: en realidad ya tenía más de tres metros de altura, e inmediatamente cogió la pequeña llave de oro y se apresuró a llegar a la puerta del jardín.

¡Pobre Alicia! Lo único que podía hacer, tumbada de lado, era mirar con un solo ojo el jardín; pero salir adelante era más imposible que nunca: se sentó y empezó a llorar de nuevo.

“Deberías avergonzarte de ti misma”, dijo Alicia, “de una gran muchacha como tú” (podría decir esto), “¡para seguir llorando de esta manera! ¡Detén este momento, te lo digo! Pero ella continuó de todos modos, derramando litros de lágrimas, hasta que hubo un gran charco a su alrededor, de unos diez centímetros de profundidad y que llegaba hasta la mitad del pasillo.

Después de un rato escuchó un pequeño ruido de pies a lo lejos, y rápidamente se secó los ojos para ver lo que se acercaba. Era el Conejo Blanco que regresaba, espléndidamente vestido, con un par de guantes de cabritilla blancos en una mano y un gran abanico en la otra: venía trotando con gran prisa, murmurando para sí al llegar: “¡Oh! ¡La duquesa, la duquesa! ¡Oh! ¿No será salvaje si la hago esperar? Alice se sentía tan desesperada que estaba dispuesta a pedir ayuda a cualquiera; Entonces, cuando el Conejo se acercó a ella, ella comenzó, en voz baja y tímida: “Por favor, señor...” El Conejo se sobresaltó violentamente, dejó caer los guantes de cabritilla blanca y el abanico, y se escabulló en la oscuridad con toda su fuerza. él podría ir.

Alicia cogió el abanico y los guantes y, como hacía mucho calor en el salón, siguió abanicándose mientras hablaba: “¡Querida, querida! ¡Qué extraño está todo hoy! Y ayer todo siguió como siempre. ¿Me pregunto si me han cambiado en la noche? Déjame pensar: ¿era yo el mismo cuando me levanté esta mañana? Casi creo recordar sentirme un poco diferente. Pero si no soy el mismo, la siguiente pregunta es: ¿Quién soy yo? ¡Ah, ese es el gran enigma! Y empezó a pensar en todos los niños que conocía que tenían su misma edad, para ver si podría haberse cambiado por alguno de ellos.

“Estoy segura de que no soy Ada”, dijo, “porque su cabello tiene rizos muy largos y el mío no tiene rizos en absoluto; y estoy segura que no puedo ser Mabel, porque sé toda clase de cosas, y ella, ¡oh! ¡Sabe tan poco! Además, ella es ella, y yo soy yo, y... ¡Dios mío, qué enigmático es todo! Lo intentaré si sé todas las cosas que solía saber. Déjame ver: cuatro por cinco son doce, y cuatro por seis son trece, y cuatro por siete son... ¡Dios mío! ¡Nunca llegaré a los veinte a ese ritmo! Sin embargo, la tabla de multiplicar no significa nada: probemos con la geografía. Londres es la capital de París, y París es la capital de Roma, y Roma... ¡no, eso está todo mal, estoy seguro! ¡Debo haber sido cambiado por Mabel! Intentaré decir: ' ¿Cómo está la pequeña ...?'” y cruzó las manos sobre su regazo como si estuviera dando lecciones, y comenzó a repetirlo, pero su voz sonaba ronca y extraña, y las palabras no le salían. lo mismo que solían hacer:—

“¡Cómo mejora el pequeño cocodrilo
su brillante cola
y vierte las aguas del Nilo
sobre cada escama dorada!

“¡Con qué alegría parece sonreír,
con qué pulcramente extiende sus garras
y da la bienvenida a los pececitos
con sus mandíbulas suavemente sonrientes!”

“Estoy segura de que esas no son las palabras correctas”, dijo la pobre Alice, y sus ojos se llenaron de lágrimas nuevamente mientras continuaba: “Después de todo, debo ser Mabel y tendré que irme a vivir a esa pequeña casa. , y casi no tengo juguetes para jugar, y ¡oh! ¡Cuántas lecciones que aprender! No, ya he tomado una decisión al respecto; ¡Si soy Mabel, me quedaré aquí abajo! De nada servirá que agachen la cabeza y digan: “¡Vuelve a subir, querida!”. Sólo miraré hacia arriba y diré: ¿Quién soy entonces? Dímelo primero, y luego, si me gusta ser esa persona, subiré; si no, me quedaré aquí abajo hasta que sea otra persona'... pero, ¡Dios mío! -exclamó Alicia, con un repentino estallido de lágrimas-. ¡Ojalá bajaran la cabeza! ¡Estoy tan cansada de estar sola aquí!

Mientras decía esto, se miró las manos y se sorprendió al ver que se había puesto uno de los pequeños guantes blancos de cabritilla del Conejo mientras hablaba. “¿Cómo pude haber hecho eso?” pensó. “Debo estar haciéndome pequeño otra vez”. Se levantó y fue a la mesa para medirse con ella, y descubrió que, según podía suponer, ahora medía unos dos pies de altura y seguía encogiéndose rápidamente: pronto descubrió que la causa de esto era El abanico que sostenía y lo dejó caer apresuradamente, justo a tiempo para evitar retroceder por completo.

“¡Eso fue un escape por los pelos!” dijo Alice, muy asustada por el cambio repentino, pero muy contenta de encontrarse todavía existiendo; “¡Y ahora al jardín!” y corrió a toda velocidad hacia la puertecita: pero, ¡ay! la puertecita se volvió a cerrar y la llavecita de oro yacía sobre la mesa de cristal como antes, “y las cosas están peor que nunca”, pensó el pobre niño, “porque nunca antes fui tan pequeño, ¡nunca! ¡Y declaro que es una lástima que lo sea!

Al decir estas palabras su pie resbaló, y en un momento más, ¡salpicadura! estaba sumergida en agua salada hasta la barbilla. Su primera idea fue que de alguna manera se había caído al mar, “y en ese caso puedo volver en tren”, se dijo. (Alice había estado en la playa una vez en su vida y había llegado a la conclusión general de que dondequiera que uno vaya en la costa inglesa se encuentran numerosas máquinas para bañarse en el mar, algunos niños cavando en la arena con palas de madera, luego una hilera de casas de hospedaje y detrás de ellas una estación de ferrocarril.) Sin embargo, pronto se dio cuenta de que estaba en el charco de lágrimas que había derramado cuando tenía tres metros de altura.

“¡Ojalá no hubiera llorado tanto!” dijo Alicia, mientras nadaba, tratando de encontrar la salida. —¡Supongo que ahora seré castigado por ello, ahogándome en mis propias lágrimas! ¡Eso será algo extraño, sin duda! Sin embargo, hoy todo es extraño”.

En ese momento oyó algo chapoteando en la piscina un poco más lejos y nadó más cerca para distinguir qué era: al principio pensó que debía ser una morsa o un hipopótamo, pero luego recordó lo pequeña que era ahora y Pronto se dio cuenta de que era sólo un ratón que se había deslizado como ella.



"THE MIKA KING DELUXE EDITION"

"¿Sería de alguna utilidad ahora", pensó Alicia, "hablar con este ratón? Todo está tan apartado aquí abajo que creo que es muy probable que pueda hablar; en cualquier caso, no hay nada de malo en intentarlo. Entonces ella comenzó: "Oh Ratón, ¿sabes la salida de este estanque? ¡Éstoy muy cansado de nadar por aquí, oh Ratón! (Alicia pensó que ésta debía ser la forma correcta de hablarle a un ratón: nunca había hecho algo así antes, pero recordaba haber visto en la Gramática latina de su hermano: "Un ratón—de un ratón—a un ratón—un ratón— ¡Oh ratón!") El Ratón la miró con bastante curiosidad y le pareció que le guiñaba un ojo con uno de sus ojitos, pero no dijo nada.

"Tal vez no entienda inglés", pensó Alicia; "Me atrevo a decir que es un ratón francés, ven con Guillermo el Conquistador". (Porque, a pesar de todos sus conocimientos de historia, Alice no tenía una noción muy clara de cuánto tiempo hacía que había sucedido algo.) Así que empezó de nuevo: "¿Où est ma chatte?" que fue la primera frase de su libro de lecciones de francés. El ratón dio un salto repentino fuera del agua y pareció temblar de miedo. "¡Oh, le pido perdón!" -gritó Alicia apresuradamente, temiendo haber herido los sentimientos del pobre animal. "Me olvidé por completo de que no te gustaban los gatos".

"¡No como los gatos!" -gritó el Ratón con voz aguda y apasionada. "¿ Te gustarían los gatos si fueras yo?"

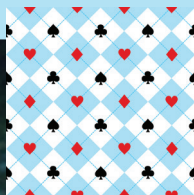
"Bueno, tal vez no", dijo Alice en un tono tranquilizador: "no te enojos por eso. Y, sin embargo, me gustaría poder mostrarte a nuestra gata Dinah: creo que te encantarían los gatos si pudieras verla. Es una criatura tan tranquila —continuó Alicia medio para sí mientras nadaba perezosamente en la piscina— y se sienta tan agradablemente ronroneando junto al fuego, lamiéndose las patas y lavándose la cara... ¡y es tan tranquila! Es una criatura muy suave y agradable para amamantar... y es tan excelente para cazar ratones... ¡Oh, le pido perdón! -gritó Alicia de nuevo, porque esta vez el Ratón estaba completamente erizado y estaba segura de que debía estar realmente ofendido. "No hablaremos más de ella si prefieres no hacerlo".

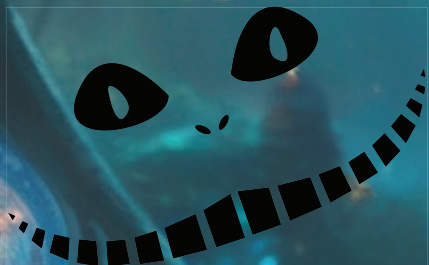
"¡De hecho!" -gritó el Ratón, que temblaba hasta la punta de la cola. "¡Como si fuera a hablar de ese tema! Nuestra familia siempre odió a los gatos: ¡cosas desagradables, bajas y vulgares! ¡No me dejes volver a oír el nombre!

"¡De hecho, no lo haré!" dijo Alice, con gran prisa por cambiar el tema de conversación. "¿Le... le gustan... los perros?" El Ratón no respondió, así que Alicia prosiguió con entusiasmo: "¡Hay un perrito tan lindo cerca de nuestra casa que me gustaría mostrártelo! Un pequeño terrier de ojos brillantes, ya sabes, ¡con un cabello castaño tan largo y rizado! Y traerá cosas cuando se las arrojes, y se sentará y pedirá su cena, y todo tipo de cosas (no puedo recordar ni la mitad de ellas) y pertenece a un granjero, ya sabes, y él Dice que es tan útil que vale cien libras. Dice que mata a todas las ratas y... ¡Dios mío! gritó Alice en tono triste, "¡Me temo que lo he ofendido otra vez!" Porque el Ratón se alejaba nadando de ella tan rápido como podía y mientras se alejaba arrojaba un gran revuelo en la piscina.

Así que lo llamó suavemente: "¡Ratón querido! ¡Vuelve otra vez y tampoco hablaremos de perros ni de gatos si no te gustan! Cuando el Ratón escuchó esto, se dio la vuelta y nadó lentamente de regreso a ella: su rostro estaba bastante pálido (de pasión, pensó Alicia), y dijo en voz baja y temblorosa: "Lleguemos a la orilla, y luego yo". Te contaré mi historia y entenderás por qué odio a los perros y a los gatos.

Ya era hora de ir, porque el estanque se estaba llenando de pájaros y animales que habían caído en él: había un pato y un dodo, un lori y un aguilucho, y varias otras criaturas curiosas. Alice abrió el camino y todo el grupo nadó hasta la orilla.





CAPÍTULO III.

Una carrera de caucus y una larga historia

De hecho, el grupo que se reunió en la orilla era de aspecto extraño: los pájaros con las plumas desordenadas, los animales con el pelaje pegado a ellos, y todos empapados, enfadados e incómodos.

La primera pregunta, por supuesto, fue cómo volver a secarse: tuvieron una consulta sobre esto, y después de unos minutos a Alice le pareció bastante natural encontrarse hablando familiarmente con ellos, como si los conociera de toda la vida. De hecho, tuvo una discusión bastante larga con el Lory, quien finalmente se puso de mal humor y se limitó a decir: "Soy mayor que tú y debo saberlo mejor". y Alicia no lo permitiría sin saber cuántos años tenía, y como el Lory se negó rotundamente a decir su edad, no había más que decir.

Finalmente, el Ratón, que parecía ser una persona de autoridad entre ellos, gritó: "¡Siéntense todos y escúchenme! ¡Pronto te dejaré lo suficientemente seco! Se sentaron todos a la vez, formando un gran círculo, con el Ratón en el medio. Alice mantuvo sus ojos fijos en él con ansiedad, porque estaba segura de que cogería un fuerte resfriado si no se secaba muy pronto.

"¡Ejem!" dijo el Ratón con aire importante, "¿están todos listos? Esto es lo más seco que conozco. ¡Silencio en todos lados, por favor! 'Guillermo el Conquistador, cuya causa fue favorecida por el Papa, pronto fue sometido a los ingleses, que querían líderes y últimamente estaban muy acostumbrados a la usurpación y la conquista. Edwin y Morcar, los condes de Mercia y Northumbria..."

"¡Puaj!" -dijo el Lori estremeciéndose.

"¡Le ruego me disculpe!" dijo el Ratón, frunciendo el ceño, pero muy cortésmente: "¿Hablaste?"

"¡Yo no!" -dijo el Lori apresuradamente.

"Pensé que sí", dijo el Ratón. "-Procedo. 'Edwin y Morcar, los condes de Mercia y Northumbria, declararon en su favor: e incluso Stigand, el patriótico arzobispo de Canterbury, consideró aconsejable..."

"¿Encontraste qué?" dijo el pato.

"Lo encontré", respondió el Ratón bastante enojado: "por supuesto que sabes lo que significa 'eso'".

"Sé bastante bien lo que significa 'eso' cuando encuentro algo", dijo el Pato: "generalmente es una rana o un gusano. La pregunta es, ¿qué encontró el arzobispo?"



El Ratón no se dio cuenta de esta pregunta, pero se apresuró a continuar: "... consideró aconsejable ir con Edgar Atheling a encontrarse con William y ofrecerle la corona. La conducta de William al principio fue moderada. Pero la insolencia de sus normandos... ¿Cómo te va ahora, querida? Continuó, volviéndose hacia Alice mientras hablaba.

"Tan húmedo como siempre", dijo Alice en tono melancólico: "no parece secarme en absoluto".

"En ese caso", dijo solemnemente el Dodo, poniéndose de pie, "propongo que se levante la reunión para la adopción inmediata de remedios más enérgicos..."

"¡Hablar Inglés!" dijo el Aguilucho. "No sé el significado de la mitad de esas largas palabras y, lo que es más, ¡no creo que tú tampoco lo sepas!" Y el aguilucho inclinó la cabeza para ocultar una sonrisa: algunos de los otros pájaros se rieron audiblemente.

"Lo que iba a decir", dijo el Dodo en tono ofendido, "era que lo mejor para secarnos sería una carrera de caucus".

"¿Qué es una carrera por el Caucus?" dijo Alicia; No es que quisiera saber mucho, pero el Dodo se había detenido como si pensara que alguien debía hablar, y nadie más parecía dispuesto a decir nada.

"Bueno", dijo el Dodo, "la mejor manera de explicarlo es hacerlo". (Y, como tal vez quieras probarlo tú mismo, algún día de invierno te contaré cómo lo logró el Dodo).

Primero trazó un circuito de carreras, en una especie de círculo ("la forma exacta no importa", decía), y luego todo el grupo se colocó a lo largo del recorrido, aquí y allá. No había un "Uno, dos, tres y lejos", sino que empezaban a correr cuando querían y terminaban cuando querían, de modo que no era fácil saber cuándo había terminado la carrera. Sin embargo, cuando llevaban corriendo aproximadamente media hora y estaban otra vez bastante secos, el Dodo de repente gritó: "¡La carrera ha terminado!". y todos se agolparon a su alrededor, jadeando y preguntando: "¿Pero quién ha vencido?"



El Dodo no podía responder a esta pregunta sin pensarlo mucho, y permaneció sentado durante mucho tiempo con un dedo presionado sobre su frente (posición en la que normalmente se ve a Shakespeare en sus cuadros), mientras el resto esperaba en silencio. Finalmente el Dodo dijo: "Todos han ganado y todos deben tener premios".

"¿Pero quién va a dar los premios?" -Preguntó todo un coro de voces.

"Pues ella, por supuesto", dijo el Dodo, señalando a Alicia con un dedo; y todo el grupo se agolpaba a su alrededor, gritando confusamente: «¡Premios! ¡Premios!

Alice no tenía idea de qué hacer y, desesperada, se metió la mano en el bolsillo, sacó una caja de confites (afortunadamente no había entrado agua salada) y los repartió como premio. Había exactamente uno por cada uno, en todos lados.

"Pero ella también debe tener un premio, ¿sabes?", Dijo el Ratón.

"Por supuesto", respondió el Dodo muy grave. "¿Qué más tienes en el bolsillo?" -prosiguió, volviéndose hacia Alice.

"Sólo un dedal", dijo Alice con tristeza.

"Dámelo aquí", dijo el Dodo.

Luego todos se apiñaron a su alrededor una vez más, mientras el Dodo presentaba solemnemente el dedal, diciendo: "Le rogamos que acepte este elegante dedal"; y, cuando hubo terminado este breve discurso, todos aplaudieron.

Alice pensó que todo esto era muy absurdo, pero todos parecían tan serios que no se atrevió a reír; y, como no se le ocurría nada que decir, simplemente se inclinó y tomó el dedal, luciendo tan solemne como pudo.

Lo siguiente fue comerse los confites: esto provocó algo de ruido y confusión, pues los pájaros grandes se quejaban de que no podían saborear los suyos, y los pequeños se atragantaban y había que darles palmaditas en el lomo. Sin embargo, finalmente todo terminó, y se sentaron nuevamente en círculo y le rogaron al Ratón que les dijera algo más.

"Prometiste contarme tu historia, ¿sabes?", dijo Alice, "y por qué odias a C y D", añadió en un susurro, medio temiendo que se ofendiera nuevamente.

¡La mía es una historia larga y triste! dijo el Ratón, volviéndose hacia Alicia y suspirando.

“Es una cola larga, ciertamente”, dijo Alicia, mirando con asombro la cola del Ratón; “¿Pero por qué lo llamas triste?” Y mientras el Ratón hablaba seguía dándole vueltas al asunto, de modo que su idea del cuento era más o menos así:

“Fury le dijo a un
ratón, que él
se reunió en el
casa,
'Nos deja
ambos van a
ley: lo haré
enjuiciar
tú. —Ven,
no aceptaré
negación; Nosotros
debe tener un
juicio: Para
realmente esto
mañana he
nada
hacer.'
Dijo el
ratón al
cur, 'tal
un juicio,
Estimado,
Con
sin jurado
o juez,
sería
debilitante
nuestro
aliento.'
'Seré
juez, lo haré
ser jurado'
Dicho
astuto
vieja furia:
'Enfermo
Prueba el
entero
causa,
y
condenar
tú
a
muerte.'”





"THE MIKA KING DELUXE EDITION"

"¡No asistirás!" -le dijo el Ratón a Alicia con severidad. "¿En qué estás pensando?"

"Le pido perdón", dijo Alicia muy humildemente: "Creo que había llegado a la quinta curva".

"¡No había! -gritó el Ratón, bruscamente y muy enojado.

"¡Un nudo!" -dijo Alicia, siempre dispuesta a ser útil y mirando ansiosamente a su alrededor.

"¡Oh, déjame ayudarte a deshacerlo!"

"No haré nada por el estilo", dijo el Ratón, levantándose y alejándose. "¡Me insultas diciendo esas tonterías!"

"¡No fue mi intención!" suplicó la pobre Alice. "Pero te ofendes tan fácilmente, ¿sabes?"

El Ratón se limitó a gruñir en respuesta.

"¡Por favor regresa y termina tu historia!" Alice lo llamó; y todos los demás se unieron a coro:

"¡Sí, por favor hazlo!" pero el Ratón se limitó a menear la cabeza con impaciencia y caminó un poco más rápido.

"¡Qué lástima que no se quedara!" -suspiró el Lori en cuanto se perdió de vista; y un viejo Cangrejo aprovechó para decirle a su hija "¡Ah, querida! ¡Que esto te sirva de lección para no perder nunca los estribos! "¡Cállate, mamá!" dijo el joven Cangrejo, un poco bruscamente.

"¡Eres suficiente para poner a prueba la paciencia de una ostra!"

"¡Ojalá tuviera a nuestra Dinah aquí, lo sé!" dijo Alice en voz alta, sin dirigirse a nadie en particular. ¡Pronto lo recuperaría!

"¿Y quién es Dinah, si me atrevo a hacer la pregunta?" dijo el Lori.

Alice respondió con entusiasmo, porque siempre estaba dispuesta a hablar de su mascota: "Dinah es nuestra gata. ¡Y es tan excelente para cazar ratones que no te lo imaginas! ¡Y ojalá pudieras verla detrás de los pájaros! ¡Vaya, se comerá un pajarito en cuanto lo mire!

Este discurso causó notable sensación en el partido. Algunos de los pájaros se alejaron rápidamente: una vieja urraca comenzó a abrigarse con mucho cuidado y comentó: "Realmente debo estar llegando a casa; ¡El aire de la noche no le sienta bien a mi garganta! y un canario gritó con voz temblorosa a sus hijos: "¡Vengan, queridos míos! ¡Ya es hora de que estéis todos en la cama! Con diversos pretextos todos se marcharon y Alice pronto se quedó sola.

"¡Ojalá no hubiera mencionado a Dinah!" se dijo a sí misma en tono melancólico. "Aquí parece que a nadie le agrada, y estoy segura de que es la mejor gata del mundo! ¡Ay, mi querida Dina! ¡Me pregunto si volveré a verte alguna vez! Y aquí la pobre Alicia empezó a llorar de nuevo, porque se sentía muy sola y desanimada. Al cabo de un rato, sin embargo, volvió a oír un leve ruido de pasos a lo lejos y miró hacia arriba ansiosamente, medio esperando que el Ratón hubiera cambiado de opinión y regresara para terminar su historia.